

del aire de la vida. Yo creo, sin embargo, que donde hay que buscar el secreto de la originalidad de Francis Jammes no es tanto en el timbre de su canto como en el hecho (acaso único) de haber podido elaborar una poesía de extraordinaria calidad sentimental con el idioma de la conversación (sin eludir en éste lo irracional y lo inerte), y en la rarísima circunstancia de haber logrado fijar la voz de su provincia una vez depurada de todo rastro de folklores y elevándola de lo particular a lo universal con una voluntad vivísima y trascendente. Francis Jammes era demasiado artista para dejarse encantar por las sirenas del costumbrismo y demasiado hombre para no sorprender en el color local el color (y el calor) del mundo.

Entre los dos grandes ríos que fecundan la poesía francesa y que son, a mi juicio, el cartesiano de Paul Valéry y el aristotélico-tomista de Paul Claudel, veo un poco perplejo a este buen notario de las nubes, con la barba y la imaginación en el viento de los Pirineos y la fe católica bien adentro del corazón. Así estará también en el cielo de Europa, junto a dos hombres que amaron y cantaron cristianamente a los seres humildes: Jacopone da Todi con el alma encendida y Charles Péguy con la pobre frente agujereada.

FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

Noticia de Bernardo Arias Trujillo

“Sigán tus escritos el ritmo de tu corazón”. Esta sentencia define el itinerario intelectual de Bernardo Arias Trujillo. El registro de su natividad en el globo literario está escrito sobre el mapa montañoso. Caldas asistió a su epifanía y le fue fiel hasta su evasión hacia la eternidad. Esto nos explica su brutal apego al terruño que le retuviera entre el paréntesis multicolor de su paisaje. Allí estaban las raíces sentimentales arraigadas profundamente en el suelo montaraz imposibilitando su trasplatación a otras temperaturas cerebrales. Quizá ésta

era la fuerza interior que mantenía sujeto al claustro ancestral.

La temperatura pasional en que reside el hombre imprime a su vida una tonalidad, un sentido peculiar, una modalidad diferente. En Arias Trujillo ese estremecimiento emocional, permanente y caótico, saturó su obra de angustiosa orientación. Muchas veces intentó fugarse de ese torbellino reconcentrado en el universo interior. Pero todas las tentativas se frustraban. La prosa brotaba en consternados vocablos de ese subsuelo volcánico. “Diccionario de Emociones”, a pesar de tener un colorido luminoso, es un esbozo libreficado de esa existencia atormentada. Se podría denominar como un compendio geográfico del pequeño cosmos que habitó en Arias Trujillo. Por ese estilo, que es la revelación del alma, desfilan todos sus sentimientos, la voz acrecientase tomando un melódico volumen y se despejan las nubes de alambicamiento para mostrar el escenario de sus inquietudes.

En este grácil breviario está enmarcada gran parte de su vida. Las esperanzas estables, con sus latitudes y temperaturas; la voz mediterránea cocktailizada con el influjo del mar; las pasiones literarias y los recuerdos inconfesables; las acuarelas criollas y el verbo paisanero. En fin, todos los ingredientes constitutivos de su sensibilidad. Tal vez, donde más claramente nos expresa su pensamiento es en el trozo conceptual sobre la dramática de Fernando Crommelynck. La descripción, que hace Arias Trujillo, de “Carina” nos aclara su enrutamiento literario. La página teatral representa para el novelista una extraña y permanente realidad social. Pero lo que más le sugestiona es la estructuración sentimental de Carina, esa niña manufacturada en sueños, a quien mataría “una palabra de desamor”. Más tarde, cuando la protagonista muere “enloquecida por su propia alma”, a pesar de estar unida a la tierra “como dos ojos en una mirada”, el comentarista exclama con acentuado lirismo: . . . “ella no ha resistido las flechas de la realidad y la vida la ha matado”. Entonces, transpuesta la impresión intensa que le dejara el drama musicalizado de Fernando Crommelynck, emprende un retorno hacia su mundo esotérico y en-

vuelto en una tranquila reflexión deja caer su voz sobre ese panorama anhelante que espera gozosamente, y como la tierra ha guardado "la flor y el fruto".

"Risaralda" abarca aquel tipo de novela que no admite la dictadura de una clasificación, pues se substrahe o distribuye en varios géneros. Arias, lo confiesa: "es un rodaje de criollismo". Esta es la razón para que pueda catalogarse en ramificaciones novelísticas diversas. Adviértase, como anotación preliminar, que esta obra no constituye una novela americanista, en el bruta sentido del vocablo. No. Es un episodio histórico, un capítulo doloroso en la vida de la raza nocturna. Es un ciclo de negredumbre donde la sangre esclavizada estalla dolorosamente demostrando su abandono o anunciando su libertad. Si fuéramos a valorizar esta obra por el contenido pasional que engendra, tendríamos que admitir no sólo la similitud sino la superioridad sobre el "Pobre Negro" de Gailegos.

Ciertamente hay más música, colores más definidos, mayor vida en la novela de Arias Trujillo. Un alto porcentaje de humanidad invade cada personaje. Ningún paisaje improvisado, desprovista de trucos retóricos, de diálogos postizos, "Risaralda" está escrita en un vocabulario criollo. Es éste un movimiento variado de la raza negra, que ha bautizado con "sus pupilas extranjeras" todos los amaneceres del nuevo continente. Todo el boceto habla del agónico panorama africano, de los instantes de extinción de una especie fecunda y creadora. Por eso, óyese frecuentemente un tumulto de voces ignoradas entre el gotear de las maracas; gritos de saxofones intercalados en el corazón de la raza; y, una carne que se agita, en el fuego musical y errabundo del *jazz-band*, como una bandera, ennegrecida. Definiendo, es un canto final de la sangre vertido sobre el "celuloide" novelístico.

Sólo dos precedentes pueden esclarecer y aumentar la originalidad de "Risaralda": "Canaán" y "Pobre Negro". Arriba, anotamos que la obra de Rómulo Gailegos tiene un colorido más tenue, un matiz menos definido, y un criollismo adulterado. "Es "Canaán" de Graça Aranha, una minuta del coloniaje alemán sobre estas tierras vírgenes. Contiene

períodos de luminoso panteísmo y abarca el mismo afán vertical de posesión de "Risaralda". Sin embargo, debemos decir que tienen una marcada diferencia tipológica, diferente estructuración emocional, desigual concepto de la vida. La novela brasilera encarna el pensamiento nórdico frente a la seiva enigmática. "Risaralda" representa un "film" vernáculo interpretado por los residuos humanos de una raza extinguida, sobre el escenario tropical.

No podríamos definir americanistamente estas novelas. Ambas se sitúan muy cerca de nuestra alma, pero ninguna lleva la energía mestiza de la sangre. Arias Trujillo nos ha dado un libro genetal, hecho de entrañas calientes, donde se cancelan todos los romanticismos ficticios. El ha sometido al montón negro a la comunión de la elegía. Elegía de una masa testigo de todos los despertares y gravitaciones del mundo. Ante todo, "Risaralda" es una voz nueva, una producción laberíntica y caótica en donde se respira un aliento vital y se trasluce el tormento secular de una raza.

Más tarde, hablaremos sobre el significado de su obra total. Hoy, sólo hemos querido asociarnos al aniversario de su desaparición. "El estilo, afirmó Romain Rolland, es el alma". Ciertamente el lenguaje melódico del novelista perteneció a una época pretérita. Sujeto a las influencias finiseculares, su imaginación nutrióse en Pierre Loti y su prosa advirtió cierta similitud con Valle Inclán. Sin embargo, fue de los pocos hombres de su generación que se desembarazó del "danuncianismo" articular que invadió toda una etapa literaria. La posteridad se encargará de valorizar su obra. Su vida, cumple un año de recorrido en el kilometraje de la eternidad. Bernardo Arias Trujillo se fue definitivamente, atado a sus sueños inconfesables, tal vez balbuceando con Huidobro: "la vida es una cuestión de vida o muerte".

MARCO ALZATE AVENDAÑO